

felicidad. Al mismo tiempo comprendía también cuán neciamente había jugado con aquella felicidad, cuánto había alterado la pura atmósfera de aquella casa, llevando á ella elementos envenenados, y cuán poco había merecido habitar bajo aquel techo.

LVIII

Hacia la mitad del mes de Septiembre, habiase enfriado tanto la temperatura, que Polaniecki juzgó conveniente abandonar Bucinek y regresar á Varsovia. Para recibir dignamente á Marina, había hecho renovar por completo su habitación, adornándola además con flores frescas. Con su mujer había perdido por completo aquel exajerado sentimiento de sí mismo y aquella especie de falta de consideración que constituían los últimos obstáculos para el logro completo de la felicidad de Marina. Ahora su conducta con ella era tal, que con frecuencia se habría podido creer que la mujer era todavía la señorita Plavicki y él el enamorado inseguro de que fuera amado.

Inmediatamente después del regreso de los dos esposos á Varsovia, llegaron de Ostende otras noticias de nuevas y graves desventuras.

Un día Svirski penetró como una bomba en la oficina y, después de haber pedido á Bigiel y á Polaniecki que pasaran un momento con él á una pieza inmediata, les dijo con aire de gran misterio:

—¿Sabéis lo que ha pasado? Ayer Kraszovski, apenas llegado de Ostende, ha venido á verme y me ha contado que Osnovski se ha separado de su mujer después de haber casi aplastado á Kopovski.

Un escándalo fenomenal. En todo Ostende no se habla de otra cosa.

En los primeros momentos, Polaniecki y Bigiel quedaron como mudos de estupor, al fin dijo el primero:

—Un día ú otro tenía que suceder. Al fin Osnovski ha abierto los ojos.

—Por mi parte no entiendo absolutamente nada, —manifestó Bigiel.

—¡Es inaudito!—exclamó el pintor.—¿Quién habría podido imaginarse una cosa semejante?

—¿Y qué le ha dicho á usted Kraszovski?

—Osnovski se había puesto de acuerdo con algunos ingleses para hacer juntos una excursión que tenía que durar algunos días; pero como perdieron el tren que debía conducirles, y faltaban todavía un par de horas para la llegada del otro tren, creyó conveniente llegarse hasta su casa. Imagináos lo que debió ver, para que un hombre tan pacífico como él pudiera encolerizarse de tal modo que ni hiciera caso del escándalo. Figuráos que apaleó tan desapiadadamente á Kopovski, que el desgraciado salió tan maltrecho que todavía se ve obligado á guardar cama.

—Estaba tan enamorado de su mujer que nada tendría de extraño que se hubiera vuelto loco y le hubiese matado,—observó Bigiel.—Es una historia terrible.

—Sí, sí,—exclamó Svirski,—así son ellas.

Polaniecki no despegó los labios, y Bigiel, afectado por la desventura de Osnovski, se puso á dar paseos por la habitación. Por último se detuvo de

lante del pintor y, después de meterse las manos en los bolsillos, dijo:

—Y sin embargo todovía no lo entiendo.

Svirski, sin contestar directamente, se volvió á Polaniecki y dijo:

—¿Se acuerda V. de todo lo que le dije en Roma, respecto á esta señora? El Zavidovski la llamaba la *mariposa*, y ahora comprendo que tenía razón; sólo que, en vez de posarse encima de las flores, se ha posado sobre el estiércol.

—¡Qué triste es todo esto!—agregó Bigiel.

—Muy triste,—repitió el pintor.—Esta señora lo había encontrado todo en su marido: riqueza, bondad, amor. Más ella ha preferido pisotearlo todo.

—¿Se han separado de verdad?

—De verdad. La señora Anetka ha partido ya. Y es preciso que haya sido muy grave la cosa para que Osnovski se haya decidido á separarse de ella. ¡Casi es increíble!

—Lo único que me gustaría saber,—dijo Bigiel con su calma habitual,—es como podrá vivir aquella señora, partiendo de la suposición de que toda la fortuna es del marido.

—Como no la ha matado en aquel instante, es probable que tampoco la quiera dejar morir de hambre. Krazovski me decía que Osnovski se ha quedado en Ostende, para cojer de la oreja á su Adonis, cuando éste pueda abandonar la cama y le hayan desaparecido los cardenales. La señora Bronicz y Lineta han salido más que de prisa para París.

—¿Y el casamiento de Kopovski?

—Ya se comprende que se ha roto. Del mal no puede salir el bien. Ahora ellas están sin novio, á

no ser que en el extranjero hallen algún príncipe Crapulesco. Después de lo que ha pasado, únicamente un bribón ó un imbécil podría avenirse á tomar por mujer á la señorita Castelli. De seguro que Zavidovski no va á volver á dejarse engatusar por aquella sirena.

—Lo mismo le dije á Stach,—observó Bigiel,—y él me contestó: «¡Quién sabe!»

—¡Qué!—exclamó Svirski—¿de veras ha contestado V. eso?

—No sé, no sé,—dijo con viveza Polaniecki.—No respondo de nadie, ni de mí mismo.

Svirski lo miró algo sorprendido, y luego repuso:

—Tal vez tenga usted razón. Si alguien me hubiese dicho ayer que Osnovski se quería separar de su mujer, le habría tomado por un loco.

Después de estas palabras, el pintor se despidió, porque le esperaban á comer en casa de Krazovski; Bigiel y Polaniecki quedaron solos.

—El mal no puede quedar sin castigo,—dijo sentenciosamente Bigiel tras un breve silencio.—¿Sabes lo que pienso en este momento? Que el nivel moral va bajando cada día más entre nosotros. Considera por un rato á la Bronicz, á la Castelli, á la Osnovski. Todas canallas con pretensiones exajeradas y carácter de fregona. Verdaderamente da asco de pensarlo. Y los hombres como Osnovski y Zavidovski, son los que tienen que pagar la pena.

—¡Hay en este mundo tantas cosas desprovistas de lógica y que por lo mismo son incomprensibles!—contestó con tristeza Polaniecki.

Bigiel se puso de nuevo á pasear de uno á otro extremo de la habitación. De repente se detuvo

frente á su socio y, dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—Vaya, viejo mío, que tú y yo podemos estar bien contentos: en la lotería de la vida, nosotros hemos ganado el primer premio. En realidad, nosotros tampoco éramos unos santos, pero es probable que Dios nos habrá concedido esta suerte, porque nosotros dos nunca hemos sabido qué era eso de entrar á escondidas en casa ajena.

Polaniecki no despegó los labios, y se dispuso á salir.

Todas las circunstancias de su vida se habían exasperado de tal manera, que todo lo que acaecía y oía en torno suyo producía en sus nervios el efecto del chirrido de una sierra. A veces le asaltaba la idea de ir á sepultarse con Marina en un pueblecillo cualquiera para hallarse lo más distante posible de la eterna comedia de la vida, que se le hacía cada vez más repugnante. Más luego calculaba que no podría obligar á Marina á seguirle á un desierto. Sin embargo, había renunciado á la idea de comprar definitivamente Bucinek, porque había resuelto buscar para el verano una quinta mucho más distante de la ciudad y no tan accesible. El comercio con los hombres se le había hecho pesado de una manera especial. Algunas veces pero muy raramente, se despertaba en él el antiguo hombre enérgico, y entonces se decía:

—Bien mirado, me estoy dando mala sangre por un pecado que los hombres cometen cada día con la mayor indiferencia.

Mas en vano trataba de defenderse á sí mismo. Su falta, la falta de un hombre casado de seis me-

ses con una mujer como Marina, de un hombre próximo á ser padre, era monstruosa; y mientras se encaminaba á su casa, en aquel momento en que pesaba sobre él la noticia de la desventura de Osnovski, casi le parecía que él era cómplice de lo acaecido,

—Porque yo,—decíase,—soy un accionista de la fábrica que produce tan tristes sucesos, que produce mujeres como la señorita Castelli y como la señora Osnovski. En Marina, empero, no hay ni un pelo de falsedad.

Veíasele distintamente delante, como se ve una persona en quien se piensa con todas las fuerzas del alma. Veía su carita siempre graciosa, con la boca un poquito grande y con los ojos dulces, de una pureza infantil, y paulatinamente se fué sintiendo dominado por una profunda emoción.

—Verdaderamente me ha tocado el primer premio en la lotería de la vida, pero no he sabido apreciar como debía mi fortuna.

Bigiel había dicho que una mala acción se tiene que evitar, y Polaniecki, que había tenido ya amenuado este pensamiento, experimentaba ahora un terror supersticioso. Parecíale imposible poder gozar para siempre y sin obstáculo, de la posesión de una criatura semejante, á despecho de toda lógica. ¡Si Marina sucumbiese al ser madre!... ¿No podía la señora Masko, para vengarse, decir una sola palabra que se lo revelase todo á Marina, y que pudiera ser fatal para ella atendido el estado en que se hallaba? ¿Y quièn sabe si ya en aquel momento se hallaba la señora Masko al lado de Marina? Caminaba sobre ascuas, y en la angustia que le oprimía el

corazón, apresuró el paso para llegar más pronto á su morada.

Pero no encontró allí á la señora Masko. En cambio Marina le entregó un billete de la señorita Elena, rogándole que fuese á verla después de comer.

—Temía que el señor Zavidovski hubiese empeorado,—dijo Marina.

—No; esta mañana le he ido á ver. La señorita Elena estaba conferenciando animadamente con su procurador, por cuyo motivo no he visto más que á la señorita Ratkovski y á Ignacio; él estaba muy bien y me ha parecido alegre.

Polaniecki había decidido explicar á su mujer, durante la comida, las tristes noticias recibidas de Ostende. Comprendía que no le era posible guardar el secreto, y además, tenía la seguridad de que ésta lo sabría más ó menos tarde de algunos otros labios indiscretos.

Cuando Marina le preguntó si ocurría alguna novedad en sus negocios, él, aprovechando la ocasión, se apresuró á contestar:

—En los negocios nada de nuevo, más por ahí se habla de un gran escándalo acaecido en la familia Osnovski.

—¿En la familia Osnovski?

—Sí, en Ostende ha sucedido algo grave. Dicese que Kopovski ha sido la causa del escándalo.

—¿Por qué no me lo dices todo, Stach?

—No puedo contarte más que lo que me han contado. ¿Te acuerdas de mis observaciones del día en que se celebraron los esponsales de Zavidovski? Mira si tenía razón entonces yo. Ha acaecido un ver-

dadero pandemonio, y parece que las cosas se han puesto muy mal.

—¿No me habías dicho que Kopovski se había prometido con la señorita Castelli?

—Es verdad, pero todo está roto.

A Marina le impresionó mucho la noticia. Quería interrogar de nuevo á su marido, más éste la dijo que no sabía nada más y que probablemente dentro de pocos días llegarían más noticias.

La joven esposa compadeció muy de veras al pobre Osnovski, y la conducta de la señora Anetka le parecía inconcebiblemente indigna.

—A lo menos habría tenido que respetarle,—dijo,—aún cuando no fuese por otra cosa que por el gran cariño que él la demostraba. Es indigna de ser la esposa de un hombre semejante, y ahora encuentro que Svirski está muy bien acertado cuando tiene formada tan mala opinión de las mujeres.

La llegada del señor Plavicki vino á interrumpir esta conversación. Venía del restaurant donde había comido, para contar la gran noticia, de la hablaba ya toda Varsovia. Alegrose Polaniecki de haber hablado él antes de éste con Marina, porque en la boca del viejo Plavicki, la cosa tomaba un aspecto muy distinto, complaciéndose él en pintar la con colores bastante subidos. Habló largo y tendido de las mujeres de otros tiempos, comparándolas con las de nuestros días, y acabó por tomar por el lado cómico la desgracia conyugal del infeliz Osnovski.

—Aquella pilluela,—concluyó diciendo el viejo,—era una mujercita muy decidida; á todos les mi-

raba con muy buenos ojos: ¡pobre Osnovskil.. Fijáos bien, á todos les dirigía miradas tiernas.

Alzó los ojos hacia el techo, y luego miró á Marina y á Polaniecki, como si quisiera convencerse de que éstos habían comprendido el verdadero significado de aquel *todos*. Una expresión de repugnancia se dibujó en el rostro de Marina, la cual, dirigiéndose á su marido, contestó:

—¡Psch! ¡qué sucio y asqueroso es todo esto!

LIX

Por la tarde Polaniecki se trasladó á casa de la señorita Elena. El joven poeta llevaba puesta todavía una venda negra para sostener un extenso parche que le cubría la herida. Hablaba todavía con alguna dificultad, pero su estado iba mejorando de día en día, y el médico había asegurado que este último síntoma acabaría también por desaparecer.

Cuando Polaniecki entró, el enfermo estaba sentado junto á una mesa, en un gran sillón, usado ya por el viejo Zavilovski. Estaba escuchando, con los ojos entornados, sus poesías, que la señorita Ratkovski le leía. Al ver á Polaniecki, ésta dejó el libro encima de la mesa.

—Buenas tardes, señorita,—dijo éste saludándola.—¿Cómo sigue Ignacio? Dispéñeme usted, señorita, si he interrumpido su lectura. ¿Qué leía usted de bueno?

—Las poesías del señor Zavilovski.

—¿Tú estás escuchando tus poesías?—preguntó riéndose Polaniecki,—eso quiere decir que te gustan.

—Al oírlas experimento una singular impresión,—contestó Zavilovski.—Me parece como si jamás hubiera escrito yo cosa semejante.

Luego, tras un breve silencio, hablando despacio y deteniéndose de vez en cuando para buscar las palabras que no acertaba á recordar, continuó:

—Tan pronto como pueda quiero volver á ponerme á escribir. Más antes es menester que me restablezca y vuelva á ser lo de antes.

Era evidente que este último pensamiento le preocupaba en gran manera. Para animarle, la señorita Ratkovski le dijo:

—Puede usted tener la seguridad de que dentro de pocos días ya estará usted en disposición de escribir poesías nuevas, tan bonitas ó más que las que ahora le estaba leyendo.

Dirigióla él una sonrisa llena de gratitud, pero no contestó palabra. En aquel momento entró la señorita Elena; acercóse en seguida á Polaniecki y, tendiéndole la mano, le dijo:

—Estoy muy contenta de que haya usted venido. Necesito pedirle un consejo.

—Estoy á sus órdenes.

—Tenga usted, pues, la bondad de venir conmigo.

Después de haberle conducido á otra pieza, le ofreció una silla, y sentándose á su vez frente á él, permaneció unos instantes silenciosa, como para concentrar sus ideas.

Polaniecki, que estaba de espaldas á la luz, notó por vez primera algunas hebras blancas en los cabellos de la joven señorita.

—Deseo de usted,—empezó á decir ésta,—no solamente un consejo, sino además una promesa. Sé que es usted un verdadero amigo de mi joven pariente, y que le debo una gratitud eterna por la simpatía de que me ha dado usted muestras en la triste ocasión de la muerte de mi padre. Por eso quiero, en este instante, hablarle con franqueza y hablarle confidencialmente, cosa que hasta ahora jamás he hecho con nadie. Por razones más particulares, que creo inútil explicar, he resuelto crear me una vida nueva que me sea soportable. Mucho tiempo há que lo habría hecho, pero mis deberes para con mi padre no me lo permitían. Luego sucedió una desgracia, y me he creído en el deber de dar acogida en mi casa á mi único pariente, al último que lleva nuestro nombre, y á quien profeso una amistad leal y sincera. Ahora, afortunadamente y gracias á Dios, está salvado, y, como Dios le ha concedido una inteligencia nada vulgar y le ha predestinado para grandes cosas, tiene que poder desenvolverse sin obstáculos toda su actividad.

Detúvose pensativa por unos instantes, y luego después continuó:

—Curado él, habrá desaparecido el último obstáculo que se oponía al cumplimiento de mi deseo. Más antes, debo atender al destino que hay que dar á la cuantiosa fortuna que mi padre me legó, y que para mí ha venido á ser completamente inútil, atendidas mis intenciones para el porvenir. Si pudiera considerar toda esa fortuna como de mi absoluta propiedad, tal vez trataría de dar otro destino á una parte de ella, pero como por el contrario la tengo que considerar como perteneciente á la fami-

lia, no puedo disponer de ella á mi gusto desde el momento que vive un individuo de mi familia y que éste lleva el nombre de Zavilovski. No quiero negar que ha influido en esta determinación mía la inclinación que mi padre manifestaba hacia el señor Ignacio; pero os confieso que en este momento es únicamente mi conciencia la que regula mi conducta. Quiero reservarme para mí lo necesario para atender á mis necesidades; todo lo demás será para Ignacio. La escritura de donación está dispuesto ya, y mi primo recibirá toda la fortuna inmueble y todo el capital, exceptuando una parte reservada á mí, y cierta cantidad que destino á la señorita Ratkovski. Ahora pues, se trata de anunciar esta resolución al enfermo. He preguntado á dos médicos si esto podía perjudicarle á la salud, y los dos me han asegurado que una buena noticia no podía tener sobre él efecto alguno desagradable.

Aquí la joven se sonrió tristemente resignada; más Polaniecki, estrechándola una mano, profundamente conmovido, la preguntó:

—Y usted, mi excelente señorita, ¿qué intención tiene usted? Crea usted que no se lo pregunto por mera curiosidad.

—Todos los hombres tienen el derecho de ponerse bajo la protección directa de Dios,—contestó evasivamente Elena.—Por lo que toca á Ignacio, estoy segura de que la riqueza no lo echará á perder; pero es todavía joven é inexperlo. Su vida empieza de nuevo y en muy diferentes condiciones, y por esto ya desde el principio de nuestra conversación le he dicho que deseaba de usted una promesa. Usted es un caballero y es usted además amigo

suyo; protéjale contra la gente mala y sobre todo conserve en él al poeta. Me interesa, no solamente la salvación de su vida, sino también la de su talento. Tiene que escribir, tiene que trabajar, tiene que poner al servicio de la humanidad lo que Dios le ha dado.

De repente sus labios se pusieron blancos como la nieve; juntó convulsivamente las manos y se detuvo, imposibilitada de seguir hablando.

Pareció que la desesperación de su alma, por tanto tiempo reprimida, hubiera estallado de un solo golpe. Recobró, empero, el predominio sobre sí misma, y únicamente sus puños cerrados daban á conocer el esfuerzo que le costaba aquella calma ficticia.

Polaniecki, notando la desesperada aflicción de aquella pobre alma, consideró oportuno distraer sus pensamientos y á este fin dijo:

—¿No sería mejor, señorita, que esta donación que tan radical cambio ha de producir en la vida de Ignacio, se aplazara para de aquí á un año, ó á lo menos para dentro de seis meses?

—¿Por qué?

—No sé si usted sabe ya que el casamiento entre el señor Kopovski y la señorita Castelli ha pasado á la historia, y que, por consiguiente, la situación de aquellas señoras ha venido á ser muy triste. Si éstas pudieran reconciliarse con Ignacio estarían á salvo, y yo estoy más que seguro de que lo intentarían, tanto más si llegan á saber que él, gracias á usted; ha llegado á ser rico. Fíjese usted ahora en que Ignacio está débil á consecuencia de su última

enfermedad y que tal vez no podría oponer mucha resistencia.

La señorita Elena escuchó las palabras de Polaniecki con los ojos medio cerrados, y después de haber meditado por algunos instantes, contestó:

—No soy de su parecer de usted, porque creo que Ignacio ha hecho otra elección.

—Adivino á lo que alude, pero debe usted tener en cuenta el amor intenso que sentía por aquella señorita, y que por ella llegó hasta á atentar contra su propia vida.

En este momento acaeció una cosa completamente inesperada por Polaniecki. La señorita Elena se puso vivamente en pié, y levantando sus descarnados brazos, exclamó:

—Y si así fuera, y si para él no hubiera otro medio de ser feliz.. ¡Ay amigo mío! sé que no lo debería hacer, pero hay circunstancias que son más fuertes que el hombre. y hay cosas que son absolutamente necesarias para hacer apetecible la vida. Además, toda persona puede hacerse mejor mientras vive.

Polaniecki la miraba poseído de profundo asombro y no pudo menos que decirse:

—Jamás habría podido imaginar que la señorita Elena pudiera decir una cosa semejante.

Y en voz alta añadió:

—Si esta es su opinión de usted, no nos queda otra cosa que hacer que volver al lado de Ignacio.

Zavilovski acogió la noticia, al principio con estupor, más luego con cierta alegría. Habriase podido creer que, con el auxilio de la inteligencia, había comprendido la fortuna que se le ofrecía, y se

habría dicho que debía estar contento de ello, sin que dejara de tomar parte en su alegría el corazón. Pero cuando reapareció el corazón, fué cuando preguntó á la señorita Elena que era lo que ella tenía intención de hacer. Esta pretendió evadir la respuesta, como lo había hecho con Polaniecki, y se puso á hablar de otras cosas, dándole á su joven pariente consejos maternos y recomendándole mucho que no descuidara su talento, y que no defraudara las esperanzas que en él habían puesto sus amigos.

Zavilovski, con los ojos llenos de lágrimas, solo pudo repetir su acostumbrada frase:

—Volveré á escribir tan pronto como vuelva á ser lo de antes.

La señorita Elena le hizo notar que ahora él la debía considerar como una huésped, y que dentro de dos días partiría. Zavilovski no quiso avenirse á ello, y tan insistentemente suplicó, que al fin ésta, para no conmovérle demasiado, prometió quedarse á su lado por ocho días. Esta promesa le tranquilizó, á la manera como se tranquiliza un niño cuando, después de mucho insistir, se le concede una cosa que antes se le había negado.

LX

Un nuevo acontecimiento había llamado la atención de toda la ciudad. Habíase esparcido la noticia de un duelo entre Osnovski y Kopovski, á consecuencia del cual el primero había resultado gravemente herido. El segundo regresó casi inmediatamente después á Varsovia, precedido de la fama de

un héroe tan invencible en el amor como en las armas.

Osnovski, que realmente había recibido una herida pero muy ligera, habíase retirado entre tanto á Bruselas. Pocos días después Svirski había recibido de él una carta en la que le anunciaba que se hallaba muy bien y que tenía intención de ir á Egipto á mediados de invierno; pero que, de todos modos, iría antes á pasar unos días en Pritulov. Al recibir esta noticia, el pintor fué á ver á Polaniecki, y le comunicó sus temores de que en esta venida no ocultase Osnovski el propósito de pedirle á Kopovski una nueva satisfacción.

—Estoy íntimamente convencido,—observó el pintor,—de que fué herido porque en aquel duelo buscó la muerte. Yo sé como tira, porque un día, en mi presencia, dió diez veces consecutivas en el blanco á diez pasos de distancia. Si él hubiese querido, en este momento Kopovski no se pavonearía por Varsovia.

—Puede muy bien ser,—contestó Polaniecki,—pero si habla de hacer un viaje á Egipto, prueba que esta vez tiene pocas ganas de hacerse matar. Yo creo, más bien, que viene antes aquí á ver si decide á Zavilovski á que le acompañe en su viaje.

—Sería un pensamiento magnífico. A nuestra Ignacio le conviene ver algo el mundo. Ya que tengo tiempo voy á verle. ¿Cómo sigue ahora?

—Hoy no le he visto todavía, y por lo tanto le acompañaré. En estos días ha estado siempre bien, pero he observado en él cambios muy extraños. Recordar á V. que antes tenía un carácter orgulloso y resuelto; ahora parece un niño. A la más insignifi-



cante contrariedad, se le vienen las lágrimas á los ojos.

Pocos minutos después los dos amigos se hallaban ya en la calle.

—¿La señorita Elena está aún al lado de Zavilovski?—preguntó Svirski al cabo de algunos pasos

—Sí; tenía la intención de pasar á su lado una semana no más, pero en vista de las vivas instancias de su primo, continua allí, y todavía no sé cuando será la marcha definitiva.

—¿Y qué piensa hacer después?

—No se lo ha dicho á nadie, más por lo que he podido comprender, quiere retirarse á un convento á rezar por Ploszovski.

—¿Y la señorita Ratkovski?

—Ha vuelto á casa de su viejo pariente.

—Esto no le gustará mucho á Zavilovski.

—En los primeros días parecía que no, pero ahora ya casi nunca habla de ella.

—Si no se casa con ella antes de que se acabe el año, la volveré á preguntar si me quiere por marido.

—Según mis noticias, la señorita Elena quisiera que su primo se casara con ella. No sé si llegará á realizar este deseo.

—Pues yo estoy persuadido de que se casará con ella y que quedarán nuevamente desbaratados mis planes. Y acabaré por no casarme.

—Yo oí hablar á mi mujer de este proyecto de usted, pero Marina se ríe de él y lo considera un mero capricho.

—Nada de esto,—exclamó Svirski,—no hay tal

capricho. Lo que hay es que yo no tengo suerte con las mujeres. ¡Ah! ahí viene la señora Masko.

En aquel momento pasaba un coche de dos caballos, en el cual iban la señora Kraslavski y la señora Masko.

Hacía un día hermoso pero frío, y la señora Masko parecía tan ocupada en arreglar el chal de su madre, que no reparó en el saludo de los dos amigos, y por eso no correspondió á él.

—Anteayer visité á estas dos señoras,—repuso Svirski después de un prolongado silencio.—La señora Masko es una buena señora.

—De todos modos, es una hija muy buena,—observó Polaniecki.

—Si, de ello me he convencido durante mi última visita, más como yo soy un escéptico impenitente, al principio me ocurrió la sospecha de que asistía á una comedia, en la cual ella hacía el papel de hija buena. De seguro que usted ha tenido ocasión de notar que muchas veces las mujeres hacen algo bueno con la esperanza de hacerse interesantes.

Entre tanto los dos amigos habían llegado á su destino. Zavilovski se mostró muy contento de verlos, y cuando le dijeron que Svirski tenía intención de volver á Italia, le rogó vivamente que le permitiera ir con él.

—¡Bravo!—pensó Svirski, que había accedido inmediatamente á los deseos del joven poeta,—eso quiere decir que no piensa en la señorita Ratkovski.

Y luego en voz alta añadió:

—Pero esta vez no puedo estar mucho tiempo ausente de Varsovia, porque tengo varios retratos que hacer, y porque he prometido al señor Pola-

niecki que asistiría al bautizo. Y bien,—añadió dirigiéndose á éste último;—¿será bautizo de niño ó de niña?

—Para mí lo mismo me dá,—contestó el interrogado;—me basta con que todo vaya bien.

Como Svirski y Zavilovski se pusieron á hablar de su próximo viaje, Polaniecki se despidió de ellos para volverse á la oficina. Tenía que despachar toda la correspondencia del día, y por lo tanto sa encerró en su despacho, y después de haber leído todas las cartas, estaba señalando las que reclamaban rÉspuesta urgente, cuando un criado que estaba de poco tiempo en la casa vino á anunciarle que había una señora que deseaba mucho verle.

Polaniecki se alarmó. Sin saber por qué, se le ocurrió que no podía ser otra que la señora Masko, y ante la expectativa de una explicación penosa y de una escena desagradable, empezó á latirle precipitadamente el corazón.

Sintióse como aliviado de un peso enorme, cuando vió comparecer á Marina.

—¡Y bien!—exclamó ésta;—¿qué te parece?... ¿Verdad que te he preparado una sorpresa?

Polaniecki se levantó con rapidez, y acercándose solícitamente á su mujer, la cogió ambas manos llevándoselas á los labios.

—¡Adorada Marina!—dijo.—¡Verdaderamente es una sorpresa! Pero ¿cómo se te ha ocurrido la idea de venir aquí?

—Esto diciendo, le había acercado un sillón en el cual ésta tomó asiento. El rostro radiante de Polaniecki daba á entender la alegría que en aquel momento le proporcionaba la presencia de su mujer.

—Ahora dime la verdad,—dijo ésta.—Cuando el criado te ha dicho que había una señora, ¿quién te figurabas que era? Anda, respóndeme en seguida.

Y sonriendo le amenazaba con el dedo.

—¿Cómo quieres que pudiera figurarme quién era?—respondió Estanislao.—¡Viene tanta gente en una oficina como la nuestra! Verdad es que no me había figurado que fuese mi querida Marina. ¿Qué deseas de mí?

—Lee esta carta que he recibido hace una hora.

Polaniecki tomó con inquietud la carta, y leyó lo que sigue:

«Apreciada señora mía.

» Probablemente le sorprenderá que me dirija á usted, pero, próxima á ser madre, sólo usted puede comprender lo que pasa en el corazón de una madre, testigo de la infelicidad de su hija. Y para mí, créalo usted, sólo se trata de mitigar el dolor de la pobre criatura, desgraciada por culpa mía, porque yo fui la causa de todo lo que le ha sucedido. Esta es la verdad. No hubiera debido perder la cabeza porque un bribón, un sin vergüenza, aprovechándose del momento en que Lineta se hallaba indispuesta y en la imposibilidad de defenderse, tuvo la desfachatez de tocarle con sus indignos labios. El culpable fué el señor Jozio Osnasvki, que hizo cuestión de gabinete una cuestión de matrimonio, aprovechando la ocasión para deshacerse de Kopovski. El ha tratado de proporcionarse una reparación á costa de la felicidad ajena. ¡Ah, apreciada señora Polaniecki! Yo, como he dicho, perdí la cabeza: en el primer momento juzgué que el mejor medio de salir en bien de la cosa, debía ser el casamiento con

aquel hombre indigno, y que Lineta perdiera el derecho de ser la esposa de Ignacio.

»Si pudiera usted ver cuánto ha sufrido y sufre la pobrecita, cuánto ha influido en su salud la triste tentativa de Zavilovski, de seguro sentiría usted por ella una verdadera compasión. El no debería haber hecho esto, aún cuando no fuera más que por consideración á la pobre niña; pero los hombres no saben ni pueden pensar más que en ellos mismos. Ella es inocente como un niño recién nacido, y yo tengo que asistir á su lenta consunción, porque ella ha sido la causa inocente de su infelicidad, porque ella por culpa ajena ha arriesgado su porvenir. Se me desgarró el corazón. El médico me ha dicho que si continuaba todavía por algún tiempo este estado de cosas, no podía responderme de la vida de Lineta. Dios es misericordioso, pero también á usted, señora, le ruego que tenga misericordia de una desdichada madre. Envieme usted, de cuando en cuando, noticias de Ignacio; escribame usted, se lo ruego, que está curado, que está tranquilo, que ha olvidado el pasado y que no maldice á nadie, para que yo pueda enseñar esta carta á Lineta y mitigar de esta manera su dolor. Todos los días rezaré para que su hija, de V. si el cielo le da una niña, pueda ser más dichosa que mi pobre Lineta.»

—Y bien, ¿qué te parece?—preguntó Marina.

—Creo que la noticia del cambio de fortuna de Zavilovski ha llegado á sus oídos, y que esta carta, aún cuando va dirigida á tí, va en realidad dirigida á Ignacio.

—Tal vez tengas razón. Esta carta no me parece

sincera; pero también pudiera ser que fueran dignas de lástima.

—La verdad es que no pueden estar muy satisfechas, y es muy probable que les remuerde la conciencia. Pero ¡cuánta astucia aparece en este escrito! No conviene enseñarlo á Zavilovski.

—No; ni pensarlo,—exclamó Marina, que á la sazón era completamente favorable á la señorita Ratkovski.

Polaniecki, fijo siempre en la idea que desde tanto tiempo le atormentaba, observó:

—Existe cierta lógica, en virtud de la cual el perverso debe tener su castigo, y nadie puede cosechar otra cosa que lo que siembre. El mal se puede comparar con la ola; ésta se estrella contra la playa pero se reproduce sin cesar.

Marina, que se había puesto pensativa y se entretenía en trazar figuras en el pavimento con la punta de su sombrilla, al oír aquellas palabras levantó hacia sus marido sus límpidos ojos y contestó:

—Sí, verdad es que el mal reproduce el mal; pero si el pecador se consume en el dolor y en el arrepentimiento, Dios se reconcilia con él y no le castiga.

Si Marina hubiera sabido lo que tenía turbado á su Stach y hubiese tratado de aliviar su dolor y de infundirle valor, no habría podido hacerlo mejor que con aquellas sencillas palabras. Polaniecki estaba constantemente atormentado por el temor de que le sobreviniera alguna desgracia, y aquellas palabras fueron un bálsamo para él. Experimentaba un imperioso deseo de estrechar contra su corazón á aquella pura y noble criatura que le

había prodigado aquel bálsamo, mas no se atrevió, coartado por una especie de vacilación que, desde hacía algún tiempo, sentía en su presencia. Limitóse pues á besarle las manos y á decirla:

—Tienes perfectamente razón y tus palabras son las de un ángel.

Extraordinariamente contenta por aquel elogio, Marina le sonrió y se dispuso á partir.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki se acercó á la ventana y la siguió largo trecho con la vista. En aquel instante estaba aún más poderosamente convencido de que aquél era el sér más adorable del mundo, de que él no amaba más que á ella y de que la amaría hasta la muerte.

LXI

Dos días después, Polaniecki recibía el siguiente billete de Masko:

«Parto hoy. Al despedirme de tí no puedo menos de darte nuevamente las gracias por la amistad que me has demostrado siempre. ¡Permita Dios que seas más dichoso que yo! Salgo para Berlín en el tren de las nueve. Adios de nuevo, y mil gracias por todo cuanto has hecho por mí.—*Masko*.

Polaniecki se alegró casi de aquella carta, porque le ahorrraba el tener que despedirse personalmente de Masko. Mas, al anochechar, púsose á pensar en aquella partida y empezó á sentir una especie de compasión por aquel desgraciado, y finalmente, al pensar en la alegría que experimentaría

Masko si le volvía á ver, resolvió ir á á la estación á despedirle. Por el camino se le ocurrió que indudablemente encontraría allá á la señora Masko; pero se dijo que un día ú otro tendrían que encontrarse, y que el abstenerse de ir por esta sola razón sería una tontería inútil.

En la sala de espera de primera clase hallábanse sentadas ya varias personas, y junto á ellas veíase gran número de maletas y otros varios objetos de viaje. Polaniecki divisó en seguida, sentada en un ángulo de la sala, á la señora Masko.

—Buenas noches,—dijo mientras se aproximaba á ella.—He venido para despedir á su esposo. ¿Dónde está?

La señora Marko correspondió al saludo con un imperceptible movimiento de cabeza y contestó con frialdad:

—Está tomando el billete; vendrá en seguida.

Precisamente Masko llegaba en aquel instante seguido de un faquín que llevaba el equipaje. Con su holgado gabán negro, su sombrero de copa, sus largas patillas y sus lentes de oro, parecía un diplomático de viaje.

—Me parece que no hemos olvidado nada,—dijo dirigiendo una mirada alrededor de la sala.—Pero y mi maletita, ¿dónde está? ¡Ah! ahí está.

Luego, volviéndose á Polaniecki, á quien había saludado ya, prosiguió:

—Te agradezco que hayas venido. Ya que estás aquí hazme otro favor, acompaña á mi mujer á casa, ó cuando menos hasta el coche. Teresa,—añadió dirigiéndose á su mujer;—el señor Polaniecki te acompañará cuando te vayas.